

no se había acordado de hacer la señal de la Cruz; y tan lleno de miedo iba, que se subió consigo el cordel, porque temió que lo siguiera Leufrido. Entónces el Santo Abad les dió á entender á sus Monjes, cómo habia permitido el Señor aquello á los ojos del cuerpo, para que viesen la virtud de la señal de la Cruz, pues teniendo abiertas las puertas, solo porque habia hecho en ellas la señal de la Cruz, las tuvo el demonio cerradas. ¡Oh! y nosotros le cerremos siempre á este infernal enemigo con esta señal Santa, todas las puertas de nuestras almas, para que jamas pueda lograr nuestro daño, para que vivamos siempre seguros de él, no solo en lo corporal de la vida, sino en lo espiritual de la gracia.

PLATICA X.

DE LOS ESPIRITUALES DERECHOS QUE HAY EN PERSIGNARNOS
CON LA ATENCION DEBIDA.

—
A 15 de Junio de 1690.
—

Ménos peligrosa sería nuestra batalla, si aunque tan terribles, solo de fuera tuvieramos enemigos; pero hácese mas temerosa, porque tenemos tambien enemigos dentro, y tan peores, que sin éstos nada consiguieran aquellos en nuestra ruina. ¡Quién pensará que dentro de nosotros mismos tenemos peores enemigos que los mismos demonios? Pues es así, y por eso, si al demonio para vencerlo y echarlo á huir, basta ponerle una Cruz, á nosotros mismos, como peores enemigos, nos ponemos tres Cruces, y aun no sé si bastan.

Dije ya lo que significan las tres Cruces que hacemos al persignarnos, por lo que mira á los Misterios de nuestra Fé que debemos creer: diré ahora lo que significan esas tres Cruces en lo que debemos obrar.

Vimos ya esas tres Cruces hácia Dios; ahora para acabar y coronar las explicaciones de la señal de la Santa Cruz, hemos de ver esas tres Cruces

hacia nosotros. Y dije bien para coronar, porque en esas tres Cruces, si las logramos, tenemos en el Cielo prevenidas otras tantas coronas.

Reparó un ingenio agudo en que el Crucero del Sumo Pontífice tiene tres cruces, ya lo han visto pintado, y volviendo luego los ojos, advirtió que en la Tyara tiene tambien el Sumo Pontífice tres coronas:—¿Tres á tres las Cruces y las Coronas? ¿Por qué?—Por qué ha de ser, sino porque á cada Cruz le corresponde luego su corona. Esto dice aquel agudo Epígrama.

*Cur tibi Crux triplex, Gregori, triplexque corona
(est?
Nempé suam sequitur quaeque corona Crucem.*

Ya, pues, podrá decir alguno: Padre, si es tanta la eficacia de la señal de la Cruz, ¿con hacernos una Cruz sola no bastaba? ¿Pues por qué nos persigamos haciendo tres Cruces?—Yo lo diré: porque á repetidos enemigos bien hemos menester multiplicar las armas. Y si nó oigan al Catecismo: *La primera en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos.* ¡Oh, qué batalla! ¡Oh, qué enemigos tan terribles, que como venenosas vívoras nos matan, y despedazan la misma madre que los concibe. Nacen los pensamientos dentro del alma, y si ésta con su voluntad los abraza, por eso mismo, como el abrazo del Tigre, la despedazan y la matan: como el abrazo del segador la cortan, la derriban y la destruyen. En un instante se forman, en un instante se consienten; y si la penitencia no nos limpia, por una eternidad han de durar en el tormento. ¿Cuántas almas estarán en el infierno por un solo pensamiento consentido? ¡Qué eficaces!

¡Con qué colores pintan! ¡con qué dulzuras engañan! ¡con qué sofisterías facilitan! ¡con qué retórica persuaden á la pobre voluntad, que tantas veces se deja llevar ciega para quedar perdida! ¡Qué importunos, que ni dejan lugar ni tiempo en que no nos envistan! A los desiertos trasladan con la memoria los tropiezos del poblado; en los claustros meten con los recuerdos los lazos engañosos del mundo; en el retiro de la oracion se representan de la misma manera que en el bullicio de la plaza; dentro de casa nos envisten, y fuera de ella nos acometen. Y lo que es peor, ¡oh, Santo Dios! que como en toda la vida nos afligen, en la hora de la muerte mas terriblemente nos combaten. ¡Oh, pensamientos enemigos peores que demonios! ¡Es así almas? Pluguiera Dios no fuese así. Pues miren ya si contra estos enemigos hemos menester una Cruz aparte que nos defienda: *La primera en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos.*

¿Te acometen pensamientos de vanidad, de soberbia, de querer ser mas que otros, y para eso andas pensando, ó las ganancias ilícitas para la hacienda ó las ejecuciones torpes para la gala? la Cruz en la frente, la Cruz; y oye á San Agustin: *Si portas in fronte signum humilitatis Christi, porta in corde imitationem humilitatis Christi.* (Aug. Serm. 20 de Divers.) Si con esa señal pones en la frente la muestra de la mas profunda humildad de Cristo, traslada tambien con ella esa humildad á tus pensamientos. ¿Por qué pensais, dice Agustino, que no nos dejó el Señor á sus Cristianos por señal aquella Estrella con que allá condujo á los Magos? No nos dejó la Estrella, sino la Cruz, porque no quiso que sea nuestra señal, brillos, lucimientos y

resplandores, sino humildad y abatimiento. *Nolluit Stella esse in fronte fidelium signum suum, sed Crucem suam: unde humiliatus inde glorificatus est, inde erexit humiles, que humiliatus ipse descendit.* (Tract. 3. in Joan. ap. Gret. lib. de Cruc.) ¿Se ofrecen pensamientos de retirarte de la virtud, de no acudir á los templos, de no frecuentar los Sacramentos, porque no digan que eres mocho? la Cruz en la frente, la Cruz. ¿Y por qué quiso el Señor que tú hicieses esa Cruz en la frente, que es lugar de la vergüenza? te pregunta Agustino.—Porque con esa Cruz desprecies esos malos pensamientos, que tan perniciosa vergüenza te ponen de parecer cristiano: *Signum suum Christus in fronte nobis figi voluit tamquam in sede pudoris, ut Christi opprobrio Christianus erubescat.* (Aug. in Ps. 30. cap. 3.)

¿Te envisten pensamientos de desconfianza, de temor, con que te parece que ha de poder mas contigo el demonio que la gracia de Dios? Haz en la frente la señal de la Cruz, te dice S. Gerónimo, y con esa señal desprecia esos temores vanos, que si tú no quieres no se atreverá el demonio. *Signaculo Crucis munias frontem, ne exterminator Ægypti in te locum reperiatur.* (Hier. ap. Lobetium.) Y, en fin, ¿te acomete la ira con sentimientos de venganza, la carne con feas representaciones de torpeza, y las pasiones todas con halagüeños pensamientos de sus apetitos? pues contra todos haz la señal de la Cruz en la frente, pues te dice S. Crisóstomo: Ten Fé de lo que esa señal puede, y dejarás burlado todo el tropel de malos pensamientos: *Cum signaris, tibi in mentem veniat omnis vis quam Crux continet, ac tum iram; omnes que rationis adversos animi impetus extinseris.* (Chris. Hom. de Vener. Cruc. It. Hom. 55. in Mat.)

Estaba en el desierto el Santo Abad Nicolao de Rupe, (Bollan. in ejus vita 22 Mart.) y vió á buena distancia que venia hácia él un mancebo cargado con tres bolas de manteca, que sus padres enviaban de limosna al Santo Abad para su Monasterio. Apénas lo descubrió de léjos el Abad, cuando á toda prisa empezó á hacer Cruces hácia él. Reparólo el mancebo, llegó y díjole: Padre, ¿por qué me haces Cruces? ¿Soy yo el demonio?—No lo eres, le respondió; pero sábeta que como moscas venian sobre tí los demonios, instigándote á lo que tú venias pensando.—¿Pues qué pensaba yo?—Pensabas hurtar esa manteca, é ir luego á tal parte á venderla, y con la señal de la Cruz que yo te hice, dejaste ese pensamiento.—Es verdad, dijo el mancebo, eso, eso era lo que yo venia pensando, y echándose entónces á sus piés, le pidió perdon arrodillado.—¿Oh, Padre! que si por Cruces fuera, anduviera yo todo el dia hecho un Calvario; pero aunque esté haciendo Cruces todo el dia, ahí se están los malos pensamientos.—¿Cómo se están? Los consientes con la voluntad? los abrazas?—No, antes me afligen y me atormentan.—Pues dichosa tu alma, dichoso tú, que con la Cruz te libras de consentir los malos pensamientos, mas no de batallar contra ellos, que en esa batalla está nuestra corona. Pero el que busca las ocasiones, el que por su gusto se pone en la conversacion, en las vistas, y aun entre las mismas llamas, ¿de qué se queja, si la señal de la Cruz no le basta? porque tiene en su alma impresa la imágen del demonio. No es falta de eficacia en la Cruz, si haciéndola solo por ceremonia, se abraza con toda la voluntad del veneno.

La segunda Cruz hacemos en la boca, dice el Ca-

tecismo, *porque nos libre Dios de las malas palabras*. Este es otro ejército de fierisimos enemigos que aguzando hácia afuera todas sus puntas, dejan en el alma, ¡oh, qué crueles heridas! Una sola palabra que vuela y que pasa, quita una honra, pone en peligro una vida, y lo que es peor, condena muchas almas. Una de las que llaman chanzas, y son torpezas, ¿qué daños, qué ruinas y qué perdiciones nó causa? Pues, ¿y qué el tropel de juramentos, la lluvia de maldiciones y la tempestad de murmuraciones? Miren si es menester bien otra Cruz para la boca, *porque nos libre Dios de las malas palabras*, que peores daños suelen causar que los demonios. Allá nos manda el Espíritu Santo que hagamos un peso, en cuyas balanzas pesemos las palabras: *Verbis tuis facito stateram*. (Eccl. 28.)—¿Y qué peso puede haber para pesar las palabras?—La Cruz, la Cruz, que peso la llama la Iglesia: *Statera facta corporis*. Pues por eso la ponemos en la boca, para que sea el peso de nuestras palabras. La Cruz tiene los dos brazos derechos, que tanto hemos de querer para el prójimo, como para nosotros mismos. Así, pues, ¿por qué ha de pesar mas contigo el gusto de decir el dicho picante, ó la palabra torpe, que la ofensa que con él haces á tu prójimo, ó el escándalo? ¿Por qué ha de pesar mas contigo la ira con que echas maldiciones, ó el encono con que murmuraras, que el daño que haces á tu prójimo en la vida ó en la honra? Sean iguales los brazos de esa Cruz al pesar las palabras. A tu prójimo, como á tí mismo.

Asistia un Sacerdote católico á un convite de hereges calvinistas; y de éstos, uno maspreciado de decidir, empezó entre los manjares á decir por chanzas blasfemias contra los Sagrados Ritos de

nuestra Católica Religion. Celebrábanlo con grande risa y aplauso los otros, y á todo estúvose callando el católico. Levantaron la mesa, y todavía proseguia aquel en sus blasfemias, haciendo risa de que nos hagamos la señal de la Cruz. Entónces, levantándose el católico dijo: Hasta aquí he callado, porque yo fui convidado á comer, no á disputar; mas ya que tanto blasfemas, (dijo levantando la mano, y haciendo sobre el hereje la señal de la Cruz) en el nombre de Jesucristo te mando que calles y no abras mas la boca.—Al punto, como si la Cruz fuese un sello de diamante, le dejó del todo mudo y en su vida no habló mas palabra. (Rayn. p. 2. *Heth. f.* 200. & 201. t. 16.) ¡Oh, cómo debe temer que así lo castigue la Cruz, quien haciendo la Cruz en la boca, todo el día gasta luego en maldiciones, juramentos, murmuraciones y deshonoras!

La tercera Cruz hacemos en el pecho, dice el Catecismo, *porque nos libre Dios de las malas obras*. Es nuestro corazon como la fuente de nuestra vida, el origen tambien y el manantial de nuestra muerte. De él brotan los raudales de veneno que nos atosigan, las lascivas, las venganzas, los hurtos, los homicidios. Dentro del corazon se fraguan para la destruccion del mismo que los fabrica. ¡Quién tal pensara! que nuestro mismo corazon, ese, ese es nuestro mayor enemigo y mas perverso que el demonio. Pues por eso le hacemos la Cruz. ¿Y qué intentamos con eso? Miren: es el corazon de un hombre la casa de moneda de toda la República. De allí corre como hácia lo vital en la sangre el sustento á todo el cuerpo; así hácia lo cristiano todo el valor y el precio en las obras. Ahora, pues, poniendo en el corazon la Cruz, ¿qué hacemos?

Poner el cuño, con que ha de salir acuñada toda la moneda de las obras con que hemos de comprar el Cielo. *Pone me ut signaculum super cor tuum*, le dice el esposo á su amada: Ponme sobre tu corazón como un sello, como un cuño, en donde se han de ir acuñando todas tus obras con la señal de la Cruz; y Teodoreto dijo: *Ut notam ipsius Crucis in omnibus factis imprimamus*. Eso es el hombre, dijo S. Agustín, una moneda de Dios, que si tiene precio, si tiene valor, todo lo tiene por la Cruz: *Nummus Dei est homo imaginem habens Dei, et quidem Crucifixi*. (Aug. tract. 40 in Joann.) Ahora, pues, díganme: si de esa casa saliera la moneda, por una parte con la Cruz y por la otra no el Castillo de nuestro Rey, sino las Armas del Gran Turco, una media luna, ¿admitieran esa moneda? ¡Oh, que fuera un delito gravísimo! Pues así son las obras buenas; porque hechas en pecado mortal, ¿qué importa que por una parte muestren la Cruz, si por la otra llevan grabadas las armas del demonio? No sirve, no tiene valor: *Ejice*, dijo S. Ambrosio, *ejice de numismate animae tuae imaginem diaboli, et atolle imaginem Christi*. (Ambr. l. 1. Offic. c. 49.) ¿Mas si la moneda llevara mucha mas liga de la que permite la ley, aunque tuviera la Cruz, correría?—No por cierto.—Pues así son las obras que parecen buenas y llevan la liga de intentos muy torcidos. Las que parecen limosnas, son atractivos de deshonestidad; la que parece celo y es venganza; la que parece devoción y es galanteo; la que parece humildad y es ambición. ¡Oh, qué moneda! ¡Oh, qué obras, todas perdidas! y que en lugar de tener precio merecen gravísimo castigo. ¿Mas si la moneda aunque tenga la Cruz y el Castillo, fuera de plomo ó de estaño, valdría?—Na-

da.—¿Pues qué importa, que al entrar en la Iglesia, al empezar la Misa, al empezar la confesión hagamos sobre nosotros la señal de la Cruz, si luego la que habia de ser plata de devoción verdadera, es plomo de una atención muy divertida? ¿Si luego el que habia de ser oro de una finísima contrición, no es sino estaño de un falso propósito? ¡Ah, confesiones! ¡Ah, Misas! ¡Ah, obras santas! Todas sin valor, todas monedas perdidas, porque sois de plomo habiendo de ser de plata; porque habiendo de ser de oro, sois de estaño. Pues entendamos que á eso nos obliga la señal de la Cruz en el pecho, á que nuestras obras, para tener valor y precio, tengan las cualidades de la moneda, que sean segun la ley en la liga, en la materia y en el sello. Más me detuviera aquí, pero ya es tarde; hagamos, pues, la señal de la Cruz en el pecho, de modo que nos acordemos que nos empeña esa Cruz á las buenas obras.

A San Juan Romanense le llegó á pedir limosna uno de los muchos que suele haber, que parecia pobre y no era sino holgazan y ocioso. Conocióle el Santo y dióle una gran limosna, que fué hacer sobre él la señal de la Cruz. ¡Gran limosna por cierto! Sí, porque al punto se sintió aquel tan alentado, tan libre de la flojedad y tan deseoso del trabajo, que aplicándose á él, no hubo ya menester pedir limosna. (Rayn. 2. *Hethe. t. 16. f. 199.*) ¡Válgame Dios! Y si hubiera en México quien tuviera esta gracia de hacer la Cruz á tantos ociosos, cuántos de ellos se remediarian! Pero como todos les hagan la Cruz, echándolos de sus casas, ellos se aplicarán al trabajo.

Y si tantas virtudes, tantos provechos y tanta utilidad tiene la Cruz, ya no es menester pregun-

¿ar, *¿cuándo es bien usar de la señal de la Cruz?* En todas nuestras acciones, en todos nuestros pasos, nos dice San Gerónimo, (*Epíst. 1. c. 8.*) porque en todos tenemos peligros. Los antiguos cristianos, todas las horas al sonar el reloj, se hacían la señal de la Cruz; y bien es menester al levantarse, para que nos defienda de los peligros del día; al salir de casa, para los muchos riesgos de las calles; al entrar en casa, para las impertinencias de la familia; al comer, para que no sea dañoso el sustento; al ir á dormir, para que nos libre de los sueños y fantasías torpes. En todas nuestras necesidades, ora en la enfermedad, ora en la salud, que en cada una de estas cosas pudiera referir innumerables milagros de la señal de la Cruz; pero por sernos mas temeroso el peligro de las tempestades y rayos, para que nos alentemos con la señal de la Cruz, refiero solo este prodigioso suceso:

Cuenta el P. Adriano Lyrio, de nuestra Compañía, (*Lyr. Jesu Pat. l. 4. c. 1. f. 170.*) hubo en Inglaterra un mancebo, que juntando á la primera nobleza de su sangre el lustroso agregado de relevantes prendas, cuanto se ganaba en todos de estimación y de aplausos, aumentaba la lástima en los católicos, viéndole tan rematadamente ciego entre los perversos errores de la heregía, que nada había podido desengañarlo, ni persuaciones, ni argumentos; y entre los demás errores, uno era hacer mofa y risa del santo uso de hacernos la señal de la Cruz; mas ya que nada bastaba en la tierra, tomó á su cargo el Cielo el desengañarlo. Salió una vez al campo á divertirse, y cuando mas en lo escampado empieza el aire á entoldarse de nubes, las nubes á espesarse en tinieblas, y las tinieblas á desabrocharse en rayos; y cuando éstos, alcansándose en el esta-

llido, caían y se cruzaban, el mancebo sin formar ni una Cruz, antes se divertía riéndose de las llamas. Sordo al grito de Dios, el que á sus luces ciego, mas presto le habló con mas claridad, porque desprendido un rayo de la esfera, en un punto lo envolvió entre sus llamas, lo ciñó de sus luces y lo aterró con sus estruendos: de modo que, dejada la risa, lo cubrió en un punto de pálido pavor el miedo con que aun á sí mismo se preguntaba por su vida, creyéndose ya muerto. Pasó el estruendo, volvió del susto, hallose arrojado en la tierra, y al mirar sus vestidos (¡ho prodigio!) vió que con un admirable artificio la llama le dejó por toda la capa y por el vestido todo, pintadas unas cruces de fuego, que formando una labor muy agraciada, le decían que agradeciese á aquellas cruces no haberlo hecho cenizas las llamas. Atónito á tanta maravilla, no solo se convirtió á nuestra santa fé católica, sino que retirándose á un santo Monasterio, retrató mejor en su santa vida las Cruces que el rayo le había pintado en la capa. Y así aun nuestros mismos enemigos, obligados de Dios nos enseñan á buscar en la señal de la Cruz nuestra defensa. ¡Oh, católicos! no se aparte la Cruz de nuestros corazones: tengámosla siempre, no solo en el alma para la veneración, sino en las manos para la defensa, para el patrocinio y para la gracia.